

Evolución de las ciencias sociales

.....
En este capítulo veremos

- El recorrido histórico del surgimiento de la ciencia
 - Los paradigmas existentes en ciencias sociales
 - Críticas que reciben las ciencias sociales y sus respuestas
-

Los griegos (siglo III a.C.)

Pensar sobre la vida social es una tendencia de los seres humanos que se remonta a tiempos remotos. Basta tomar la Biblia y leer en su primera parte que Dios, después de crear al ser humano se dijo “No es bueno que el hombre esté solo”. Con ello, ya sentaba una premisa sociológica de primer nivel al señalar el carácter comunitario y social del ser humano. Los egipcios también tenían una concepción social del ser humano, pues creían que, al morir, el alma del difunto era evaluada por sus acciones en vida, lo que revela el interés de esta cultura por la interacción humana con los demás. Pero será recién con los griegos que el conocimiento social se centrará en el estudio de la persona como ser individual y grupal, y se comenzará a indagar sobre su naturaleza y sus vínculos desde una mirada un poco más científica, y no tanto mística o religiosa.

Filósofos griegos como Sócrates (470-399 a.C.) y Aristóteles (384-322 a.C.) han sido considerados como los padres de la ciencia moderna, no de la ciencia social, sino del pensamiento científico en general. Fueron ellos quienes postularon que todo hecho debía explicarse a partir de las causas que lo provocaban, ya sean físicas o naturales, y no a partir de la voluntad de los dioses. Para ello, formularon diversos sistemas de pensamiento y de adquisición de conocimientos en distintos campos,

tales como la biología, la geografía, la ética y la política, intentando aportar leyes generales sobre el funcionamiento del mundo. Cometieron unos cuantos errores en cuanto al conocimiento de la vida de las personas en sociedad, pero pusieron los mojonos iniciales para el desarrollo del pensamiento científico.

A Sócrates se le atribuye haberle dado importancia al hecho de definir con la mayor exactitud posible las cosas que se pretendía explicar y los términos con los cuáles se lo hacía. Sostenía que, si nos interesa investigar algo, lo primero que debemos hacer es definir concretamente qué entendemos por ese “algo” que nos interesa. Por ejemplo, si investigamos “la familia” deberemos definir qué entendemos por tal. En este sentido, no bastará con decir que es “un grupo de personas”, pues los alumnos de un curso de la facultad también son un grupo y no son una familia, sino que habrá que perfeccionar la definición hasta que logre captar la realidad que nos interesa investigar. De igual modo, si nos interesa estudiar “el delito” deberemos definir qué entendemos por delito. A modo de ejemplo, no es lo mismo una estafa que una violación seguida de muerte, pues responden a móviles distintos y, por ende, una misma explicación no servirá para ambos fenómenos.

Por su parte, a Aristóteles se le atribuye la sistematización del pensamiento silogístico, es decir, esa forma de pensamiento lógico que garantiza la validez de las conclusiones. Por ejemplo, si sostenemos que “todos los hombres son racionales”, podemos concluir que Sócrates, por ser hombre, es —o, mejor dicho, era— racional. Esta forma de razonar se conoce con el nombre de deducción y parte de leyes generales (por ejemplo, todos los hombres son mortales) a conclusiones particulares (entonces, Sócrates es mortal). Sin embargo, si las premisas generales son erradas, las conclusiones también lo serán. Por ejemplo, si decimos que todos los hombres son inmortales, concluiremos que Sócrates es inmortal, cosa que, como lo ha demostrado la cicuta, no es cierta. Pero en términos lógicos, el razonamiento ha sido perfecto. Sólo que no se corresponde con la realidad o la describe de un modo errado. Esto que no parece de tanta importancia o una cuestión de mera lógica, ha tenido grandes repercusiones sociales. En efecto, si consideramos que Dios es blanco y que todos los seres humanos han sido creados a su imagen y semejanza, las personas de color no serían humanas, no serían hijas de Dios o no tendrían alma (cosa que se sostenía, en el pasado, en los Estados Unidos). Conclusiones como éstas, surgidas de premisas falsas o carentes de apoyo empírico, han permitido matar a mucha gente sin mayor miramiento que a un animal, tal como ocurrió entre los siglos XVI al XX con los pobladores de los pueblos originarios de Abi Ayala (nombre que daban ellos al continente americano).

También debemos tener en cuenta que el método deductivo no aporta nuevos

conocimientos. Sólo nos permite garantizar que el pensamiento empleado ha sido acertado desde un punto de vista lógico, pero no profundiza en el saber. *En rigor, esto no es una crítica, pues no debe perderse de vista que este no es un método de descubrimiento —como lo son la observación o la experimentación— sino que tan solo persigue aportar rigor lógico al pensamiento.* En ese sentido, la deducción, constituye uno de los pilares sobre los que se asienta la ciencia. El otro pilar es la observación.

Aunque parezca mentira, observar metódica y sistemáticamente el mundo no es algo que haya sido siempre la fuente de conocimientos. Quien conozca las ideas de Platón, recordará que éste sostenía que las cosas de este mundo eran copias imperfectas de un mundo perfecto, invisible a los sentidos (el mundo de las ideas). Por ello, para Platón, observar las cosas sólo aportaba un conocimiento impreciso y engañoso. Así, la verdadera tarea del filósofo era captar o intuir la esencia de las cosas y ello sólo se lograba por medio del pensamiento especulativo, no por la observación metódica del objeto de interés. Afortunadamente, Aristóteles se apartó de esta metodología sosteniendo “mucho amo a mi maestro, pero más amo a la Verdad”, y abandonó la técnica de poner su mirada en mundos ideales o ficticios. Comenzó a observar lo que ocurría en la vida real, tal como se nos presenta. Este fue —y es— el gran punto de partida necesario y obligatorio de todas las ciencias: emplear la observación metódica para analizar hechos particulares y, luego, establecer leyes generales que sean aplicables a todos los casos. El hecho de que Aristóteles, en su libro *La Política*, dijera que había dos clases de seres humanos, los que mandan y los que obedecen, da cuenta de que miraba el mundo. Sólo que no advirtió que las causas que explicaban esa diferencia entre humanos eran sociales, y no biológicas. No se nace amo, sino que se llega a serlo por haber nacido en una familia donde el padre era amo; del mismo modo que el niño que nacía en el seno de una familia de esclavos aprendía a comportarse como esclavo y a obedecer, pero no porque viniera en su sangre ser sumiso. Sin embargo, para Aristóteles ser esclavo o amo, era algo que venía en la sangre, y es muy claro al respecto al clasificar a los hombres: “unos son libres y otros esclavos por naturaleza, y para éstos, último, ser esclavos es conveniente y justo” (Aristóteles, 1988).

En una sociedad como la griega, donde no había movilidad ascendente, la posibilidad de que un esclavo llegara a ser amo, o de que un amo acabara como esclavo era nula. Por lo tanto, al describir la realidad que veía, Aristóteles buscaba causas que explicaran lo que observaba, aunque todavía no lograba advertir las influencias del medio social. O, tal vez sí, pero pretendía justificar una situación de sometimiento de una clase social sobre la otra, naturalizando así la esclavitud.

Medioevo y Renacimiento

Hacia la Edad Media, que tuvo lugar entre el siglo V y XV (desde la caída del Imperio Romano en el año 476 hasta la llegada de Colón a América en 1492), el pensamiento occidental sufrió un profundo cambio, fundamentalmente como consecuencia del oscurantismo que arreció en toda Europa medieval. El incipiente saber científico que empezaba a despertar en Grecia y que pretendía ingresar al continente europeo pronto quedó oculto tras los dogmatismos de la Iglesia. Se reprimieron todas las ideas que podían cuestionar el *estatus quo*, encarcelando y quemando a quienes las sostenían bajo el rótulo de herejes, brujas, infieles, etc.

Si bien durante el período medieval se mantuvo a la deducción aristotélica como método de pensamiento, las premisas que conformaban los silogismos se basaban en los dogmas religiosos. Partían de supuestos no corroborados empíricamente, por lo que no describían la realidad, sino que garantizaban solamente la lógica del pensamiento. Por ejemplo, si un silogismo plantea que “Todo hombre es hijo de Dios”, y luego se afirma que “Manuel es hombre”, entonces, “Manuel es hijo de Dios”. En términos lógicos el razonamiento es impecable. Donde falla científicamente es en el hecho de no poder corroborarse empíricamente la existencia de Dios. Por lo tanto, tal conclusión carece de científicidad. En rigor, para la época, lo único que se podía garantizar con absoluta seguridad era quién era la madre que dio a luz, y no tanto el padre. Pero en lo atinente a la religión no importaban los hechos, lo importante era la fe.

Por otro lado, en este período medieval, se consideraba, sin discusión, que la Tierra era el centro del Universo y que el Hombre —entiéndase, ciudadanos europeos blancos— era el centro de todos los intereses terrenales. Nadie discutía estas ideas, pues eran tan compatibles con el sentido común como lo es hoy que todos los seres humanos tienen la misma dignidad. Sin embargo, terminado el medioevo y comenzado el renacimiento, hacia el año 1600, el italiano Galileo Galilei (1564-1642), retomando las ideas clásicas griegas sobre la ciencia, demostró la importancia de la “observación”, la “experimentación”, y la aplicación de las leyes de las matemáticas a los fenómenos observables, particularmente a los astros. Así, haciendo ciertos cálculos, Galileo podía predecir cuándo ocurrirían fenómenos tales como los eclipses, especificando día, hora y duración. También realizó importantes aportes científicos en el campo de la física que pusieron en entredicho teorías consideradas verdaderas durante siglos. Por ejemplo, sostuvo que la Tierra no está quieta en el Universo, sino que, por el contrario, ella es la que gira como una mendiga alrededor del Sol. Esto que hoy nos parece obvio, era considerado una herejía absoluta, puesto que ideas como estas eran las postuladas

por los salvajes indígenas idólatras del Sol. Pero la ciencia estaba demostrando que, realmente, el astro más importante de esta galaxia es nuestro Sol, no el planeta Tierra, que vive gracias a él. Con ello, Galileo propuso cambiar el sistema geocéntrico de Tolomeo por el sistema heliocéntrico, y esto, como veremos en el próximo párrafo, por poco le cuesta la vida. Además, para hacer estas investigaciones desarrolló el telescopio y, entre otras cosas, pudo determinar, contrariamente a la creencia general, que la superficie de la Luna no es lisa, sino que estaba cubierta de cráteres y montañas.

Es por todo ello que, si a Aristóteles se lo considera el fundador de las bases de la ciencia, a Galileo se lo considera el padre de la ciencia moderna. Fue él quien volcó la observación y la experimentación para demostrar sus postulados, mecanismo que el conocimiento occidental había abandonado como forma de acceso al saber durante el medioevo, que sólo especulaba en torno a cómo eran las cosas de este mundo fundándose en premisas inprobables de la religión. Sus teorías se consideran una ruptura con los postulados meramente deductivistas aristotélicos que se empleaban hasta entonces y su enfrentamiento con la Inquisición suele presentarse como el mejor ejemplo del conflicto entre religión (política e ideología) y ciencia. Es sabido que Galileo, tras ser enjuiciado por la Santa Inquisición por sostener que la Tierra giraba alrededor del Sol, se retractó para evitar la muerte. Sin embargo, mientras se iba del recinto donde abjuró de su teoría, dijo por lo bajo “eppur si muove”, es decir, “y, sin embargo, se mueve”. Esta frase se emplea hasta la actualidad para señalar que a veces las cosas son distintas a lo que el poder de turno sostiene que son, pero más vale conservar el pellejo que morir por una idea que, si es verdad, tarde o temprano saldrá a la luz. Otros piensan en sentido contrario y mueren/matan por una idea. Son distintas metodologías, y recomendamos el método galileico en toda su extensión.

Contemporáneamente a Galileo, en Inglaterra, Francis Bacon (1561-1626) comenzó a señalar la necesidad obtener teorías generales a partir de la observación directa de los hechos, es decir, cambiar el método deductivo aristotélico por el método inductivo, según la cual, de hechos particulares pueden inferirse leyes generales. Por ejemplo, si la deducción plantea que:

Todos los hombres son racionales

Juan es hombre,

por lo tanto, Juan es racional.

La inducción en cambio irá de lo particular a lo general y planteará:

Toda vez que Juan, Pedro, María, Carlos, Inés y Facundo, son seres humanos racionales, posiblemente, todos los seres humanos sean racionales.

Bajo este sistema de pensamiento inductivo, si se diera el caso de encontrar un ser humano “no racional” no se postularía que es un no-humano, sino que habría que tratar de hallar una nueva explicación que nos permita comprender por qué este caso se aparta de la regla. En este supuesto, podríamos encontrar que se trata de un individuo con algún trastorno mental severo o una patología que lo mantiene en estado vegetativo y ello explicaría la excepción a la regla.

En su obra *Novum Organum*, Bacon emprende una dura crítica contra el pensamiento aristotélico debido a que éste había imposibilitado el progreso de la ciencia aplicada. Señala que “Aristóteles había comenzado por establecer principios generales, sin consultar la experiencia y fundar legítimamente sobre ella los principios, y después de haber decretado a su antojo las leyes de la naturaleza, hizo de la experiencia la esclava violentada de su sistema; de manera que, a este título, merece aún más reproches que sus sectarios modernos (los filósofos escolásticos) que han olvidado la experiencia por completo” (Bacon, 2003). En efecto, tanto en la antigüedad como en la Edad Media no lograron mejorar las condiciones de vida humana por medio de los descubrimientos de la ciencia aplicada (en medicina, por ejemplo, no se permitía experimentar ni aplicar curaciones novedosas como transfundir sangre u operar, pues el cuerpo era el templo del alma y propiedad de Dios por lo que no podía abrírselo ni modificarlo en su composición interna, debate que llega hasta nuestros días en el campo de la bioética). De allí se evidenciaba la inutilidad práctica del método deductivo, el cual sólo servía para debates y discusiones racionales, pero no permitía producir nuevos conocimientos que sirvieran para mejorar la vida de las personas. Por ello, Bacon sostenía en los aforismos que dan comienzo a su obra que, “la lógica en uso es más propia para conservar y perpetuar los errores, que para descubrir la verdad: de modo que es más perjudicial que útil”.

Bacon se refiere a la lógica Aristotélica como aquella que deja sin bases a la investigación científica porque su silogística gira en torno a un grupo de conocimientos —o dogmas, mejor dicho— con el fin de reafirmarlos. Por ello, propone invertir esta lógica y, mirando la naturaleza, hacer de las observaciones particulares leyes generales. Por ejemplo, visto que “Juan, Pedro, María, Carlos e Inés son todos individuos racionales, infiero que, probablemente, ese aborigen que parece un ser humano debe ser racional también”. Su intención es aumentar el dominio sobre la naturaleza para mejorar la vida del ser humano y ello lo propone, como ya había hecho Galileo, por medio de la experimentación. La isla británica fue un territorio más propicio para el desarrollo de estas ideas, para anteponer la observación y la experimentación por sobre la deducción basada en dogmas. Ello permitió que años

más tarde otro inglés del que ya hablamos, Isaac Newton (1642-1727) diera un gran avance en física, la cual, rápidamente se convirtió en la ciencia que brindó el método aplicable a todas las ramas de conocimiento, al plantear que el método de la ciencia era: observación, cálculo, y experimentación.

El positivismo científico en ciencias sociales

La física de Newton había demostrado que la aplicación del método científico para la comprensión y explicación del mundo (y el universo) daba resultados exitosos, pues con sus leyes se podían explicar los movimientos de los planetas, las fuerzas, el movimiento de los objetos en función de la gravedad, etc. Esta forma de explicar el mundo a partir de leyes científicas dio paso a una corriente de pensamiento acuñada por Augusto Comte siglo XIX (1798—1857) que se denominó positivismo (Comte, 2004).

El positivismo no es una doctrina científica que busca la felicidad, sino una corriente que postulaba que sólo sería válido el conocimiento obtenido siguiendo el método científico. Se quería apartar de la religión y sus dogmas, y les quitaba el poder de autoridad que tenía para legitimar lo que se sabía del mundo (por ejemplo, que la Tierra era el centro del universo, que el hombre era superior a la mujer, que la “raza” blanca era más inteligente que las demás). Para el positivismo, la realidad debía explicarse en función de leyes de la naturaleza. El término positivismo, fue tomado de la palabra “positivo”, y aunque en lengua española es poco clara su relación con lo concreto o lo tangible, “lo positivo” se vincula con lo que “positivamente se puede comprobar”, en comparación con lo ideal, abstracto o divino, en lo que se debe creer, sin cuestionar.

Con esta nueva forma de ver el mundo, las pestes que asolaban a una población, por ejemplo, ya no serían señales de la ira divina sino enfermedades y, por ende, aunque no se abandonaban el rezo y los rituales, se comenzaba a confiar también en la asepsia, en las vacunas y en las medicinas como formas de prevenirlas o de tratarlas. Aplicado al campo de lo social, el positivismo aportará soluciones a la sociedad industrial para dar respuesta a problemas tales como el hambre y la miseria, los cuales también dejan de ser “males” o manifestaciones de la voluntad de Dios y comienzan a ser explicados como productos de las fuerzas sociales que impedían la redistribución de la riqueza. Es decir, la pobreza ya no era producto de la vagancia de los pobres ni desprecio de Dios, sino del sistema económico que permitía que unos pocos acumularan riqueza a costa de los demás.

Lo importante del espíritu positivista es que, al comprender las causas sociales de los problemas, se los puede solucionar. Si no se los quiere solucionar es porque, tal como le ocurrió a Galileo, ningún poder va a abandonar su situación de privilegio, aunque la ciencia ponga en evidencia que la injusticia y la desigualdad no son hechos naturales, sino contruidos y mantenidos socialmente. De allí que algunos científicos sociales propongan forzar los cambios por medio de la actividad política (por ejemplo, el marxismo, el feminismo, el movimiento LGTB, la reivindicación de tierras ancestrales, etc.), pero eso es algo que veremos más adelante.

El autor más vinculado con el positivismo en ciencias sociales fue Comte, y planteaba hacia el siglo XIX que se debían aplicar los métodos de la física para el estudio de los seres humanos y las sociedades, construyendo las bases de lo que hoy conocemos como sociología. Su sociología se componía de una física social, compuesta por dos términos propios de la física clásica: una dinámica social, que explicaba el cambio en las sociedades (ya fueran paulatinos o violentos) por medio de revoluciones y una estática social, que explicaba las fuerzas que predominaban en una sociedad, es decir, lo que mantenía el *statu quo*. Sabía que estudiar a las sociedades no es lo mismo que estudiar a los astros o a la naturaleza, sin embargo, sostenía que debía hacerse con el mismo método científico de la física y, por lo tanto, abandonar toda especulación al respecto: observar y encontrar las leyes sociales que explican las conductas de las sociedades.

Comte veía en la sociedad industrial del futuro un signo del progreso humano, donde, como ya vimos, los sacerdotes y filósofos serían reemplazados por los científicos y los guerreros por los empresarios, donde la lucha ya no sería contra otras naciones, sino contra la naturaleza para conquistarla y ponerla al servicio de la humanidad. Si bien la vida actual no es el mundo sujeto a la ciencia que soñó Comte, lo cierto es que creemos más en la ciencia que en ninguna otra época. Por su parte, en cuanto al vínculo con la naturaleza y las guerras, existe una conciencia ecológica que cada vez nos hace estar más alertas de la hermandad que nos une con los miembros de toda la especie, con independencia de donde viva, como así también, contribuyó a recuperar un respeto por la Tierra como hogar de la humanidad que se había perdido. Sin embargo, no todo es color de rosa, pues en pleno siglo XXI resurgen los conflictos bélicos motivados por la religión, provocando un potencial choque de civilizaciones entre occidente y oriente, que sólo Dios o Alá sabrá cómo terminará.

Paradigmas en ciencias sociales

Un paradigma es un conjunto de saberes que se consideran legítimos en una época y lugar determinado y que orientan la percepción que los seres humanos tienen del mundo (Kuhn, 1982). Se sabe por ejemplo que, durante el medioevo, todas las explicaciones eran teológicas, de manera que la religión era la perspectiva desde donde se miraba y comprendía el mundo. Por ello, si una persona se estaba muriendo, era probable que se hicieran plegarias para que sanara. Pero, con el surgimiento de la ciencia moderna, la religión fue desplazada y su lugar fue ocupado por la explicación científica del mundo, donde las causas naturales reemplazaron a las divinas. Por ende, frente a una peritonitis, ya nadie duda que, si bien se puede rezar, lo que hay que hacer es internar al sujeto y someterlo a una cirugía. Casi nadie cuestiona este saber científico y, quien no lleve a su hijo al hospital en tales circunstancias y se quede prendiendo velas en su casa, puede ser acusado y condenado por abandono de persona. De poco valdrá que el sujeto explique que él estaba seguro de que así salvaría a su niño.

Vemos así que los paradigmas son formas de ver y estar en el mundo que suelen ser compartidas por la mayoría de las personas. Se trata de un concepto que se aplica a la ciencia y nos plantea que la comunidad científica acepta determinadas ideas, como la ley de gravedad, por ejemplo, y las consideran casi como indiscutibles. Claro que en disciplinas no tan maduras y exactas como la física cabe la posibilidad de que existan diversos paradigmas desde los cuales se perciben los fenómenos. Así, por ejemplo, en el campo del derecho hay dos grandes paradigmas, el iusnaturalismo y el positivismo. El primero sostiene que existen valores que están más allá de toda ley y que deben ser respetados por todos los individuos, mientras que el segundo establece que sólo será obligatorio aquello que las leyes manden, con independencia a cualquier valor o costumbre. Así, un hecho cualquiera, como podría ser el desalojo de una anciana que no ha podido pagar el alquiler durante dos meses, podrá ser visto como el ejercicio del derecho del propietario de recuperación del bien; en tanto que el iusnaturalismo podrá ver allí un ejercicio abusivo del derecho pues, si bien el derecho de propiedad está en juego, también hay un acto intrínseco de injusticia al dejar a una persona mayor sin un techo en tales circunstancias.

Así, como se da en el derecho, en sociología generalmente no hay un solo paradigma, sino varios desde los cuales se percibe e interpreta el mundo y lo que ocurre en él. Al mirar la vida social, algunos paradigmas nos dirán que en la vida en sociedad es conflicto —ya sea a partir de la lucha de clases o la competencia

del más apto— pero en todos los casos, no hay paz, siempre se está en disputa con el otro. Por otro lado, existen aquellos que consideran que la vida en sociedad es consenso y solidaridad, y que cada institución o persona cumplen una función para mantener el equilibrio. Por lo tanto, aunque existan pequeños altercados cotidianos, no hay un conflicto latente entre los miembros de la sociedad.

Por su parte, otros sociólogos se apartan de estos paradigmas que analizan las sociedades a partir de la lucha o la cooperación y se interesan más por atender al pequeño vínculo que se dan entre las personas en su cotidianeidad. Por ello, estudian cómo se conforman los grupos, las relaciones de familia, los vínculos laborales, el liderazgo, la burocracia, etc.

De este modo, si los primeros ven a la sociedad con un telescopio —macro-nivel— los segundos lo hacen con un microscopio —micronivel—. Pero no deben confundirse los estudios entre los diferentes niveles dado que la división entre micro y macro no es tajante. Algunos paradigmas macro, como la teoría del conflicto de Marx, pueden ser útiles para explicar tanto la estratificación de las clases sociales de una sociedad como el comportamiento de un capataz con los obreros de su fábrica. Por su parte, las teorías micro, que explican cómo funcionan las relaciones de familia, pueden también explicar la organización familiar de una comunidad o un estado.

En la actualidad, podemos hablar de cuatro grandes paradigmas en ciencias sociales, los cuales intentan explicar la sociedad de acuerdo con estos tres elementos: el conflicto, el equilibrio y los tipos de acción social que realizan las personas. Ello dará lugar a la *teoría del conflicto* (Karl Marx); el *funcionalismo*, (Durkheim, Merton, Talcott Parsons); la *teoría de la acción social* (Max Weber); y el *neopositivismo* (Asch, Zimbardo). Veamos cada uno de estos paradigmas en particular, para más tarde acceder a cómo explican la función del derecho en la sociedad.

Teoría del conflicto

La teoría del conflicto fue acuñada por el alemán Karl Marx (1818—1883) quien planteaba que, para entender y analizar a la sociedad, primero debía comprenderse que las fuerzas básicas sobre las que ésta está sustentada son el conflicto entre dos clases antagónicas que la conforman: aquella que tiene los medios de producción (burguesía) y la que sólo cuenta con su fuerza de trabajo (proletariado) y que es explotada por la primera. En virtud de ello, la evolución histórica de las sociedades

no debe estudiarse a partir de la vida de los grandes héroes que fundaron naciones o dinastías de reyes, pues el cambio no lo producen las personas individuales, sino que todo cambio es producto de un cambio en los modos de producción.

Para justificar esta premisa, Marx efectúa un recorrido histórico de los diversos sistemas de producción que se han dado en la historia, partiendo del comunismo primitivo, donde la propiedad era compartida y la producción se distribuía sencillamente por sexos y edad. La vida era comunitaria donde no había propiedad privada, pero no porque hubiera leyes que sancionaran el robo, sino porque nadie robaba ya que todo les pertenecía a todos. Este sistema habría sido dejado de lado porque hace unos 5000 años, con el desarrollo de la agricultura y el comienzo de las guerras para capturar esclavos para trabajar los campos, surgió un nuevo modo de producción, el esclavista o modelo antiguo. Aquí comenzaron a crearse diferencias entre los hombres libres y los esclavos, derechos de uno y obligaciones de otros. Al igual que en el supuesto anterior, cuando la esclavitud dejó de ser conveniente al sistema, pues resultaba demasiado antieconómico comprar o capturar un esclavo, alimentarlo, cuidar su salud y demás recaudos, surgió el sistema feudal, en el cual el siervo de la gleba ya no era una propiedad de un amo y, por lo tanto, su vida y su muerte no era incumbencia del señor feudal. Éste sólo se limitaba a recibir beneficios por lo impuestos que cobraba para que exploten sus tierras. Finalmente, cuando este sistema también dejó de ser rentable, las fuerzas sociales mutaron nuevamente hacia otro sistema, que Marx llama capitalismo. En él, cada trabajador es completamente autónomo y debe ofrecer su mano de obra al dueño de los medios de producción. A su vez, éste escogerá las condiciones del trabajo que maximicen sus ganancias y minimicen las del trabajador, con lo cual las condiciones de trabajo serán pésimas y los salarios igual de malos. No por una maldad intrínseca de los capitalistas, sino para lograr el menor costo posible en la producción de los bienes y, de este modo, poder tener un mejor precio competitivo, aunque ganando lo máximo posible.

La hipótesis de Marx es que este modelo seguirá hasta que sea reemplazado por otro y así sucesivamente. De esta manera, dentro de los tantos modelos que se darán en el futuro, alguna vez ocurrirá que se arribe a un sistema de producción donde la tecnología permita que haya tanta superabundancia que no exista la necesidad de que un grupo de humanos explote a otros, y todos podrán gozar de la vida igual que los demás. Este sistema futuro es el que Marx llama comunismo, es similar al que se dio en el principio de los tiempos, pero de un modo mejorado gracias a la ciencia y la tecnología.

Funcionalismo

El funcionalismo supone que la sociedad puede ser estudiada como un organismo vivo compuesto por diversos órganos que cumplen distintas funciones para el sostenimiento del sistema. Se trata de un corriente de pensamiento que se remonta a Spencer y Durkheim, y tuvo recepción en la sociología americana de Talcott Parsons y Robert Merton entre otros.

Esta teoría parte de asemejar el cuerpo social al cuerpo humano. Sostiene que el cuerpo humano tiene órganos —corazón, estómago, cerebro— cada uno con una función específica que cumplir. Si todos trabajan correctamente, el cuerpo funcionará bien. Sin embargo, si alguno de ellos deja de hacerlo, el cuerpo se enfermará y podrá perecer. Por analogía, el funcionalismo sostiene que las instituciones sociales (la religión, las empresas, las costumbres, la familia, la educación, el derecho, etc.) serían como los órganos del cuerpo social que cumplen determinadas funciones para el equilibrio y bienestar de la comunidad. Asimismo, también pueden existir instituciones que sean o se conviertan en disfuncionales para la sociedad (el delito, las conductas adictivas, las mafias, etc.) en tanto la alteren y puedan dañarla como cuerpo social.

Asimismo, el sociólogo norteamericano Robert Merton agregó a la teoría funcionalista que, además de las funciones manifiestas, también existen funciones latentes (Merton, 1987). Se trata de funciones que contribuyen a la cohesión y la paz social pero que no se advierten a primera vista, pues son invisibles. Por ejemplo, la danza de la lluvia de los indios Hopi de Arizona cumple una función latente pues, a la par de su función manifiesta de ser un ritual para provocar la lluvia, también cumple una función invisible que es bajar los niveles de *stress* social que la sequía provoca en el pueblo, cuya subsistencia depende de las cosechas. Al hacer la danza los habitantes sienten que han hecho algo para alterar el futuro, por lo que se trata de una suerte de válvula de escape contra la ansiedad y los ánimos crispados que la sequía provoca y que podrían conducir a violentas peleas entre los miembros de la tribu. Tarde o temprano llegan las lluvias, por lo que la comunidad Hopi ha desarrollado esta institución para esperarla con la menor cantidad de incidentes posibles. También se puede ejemplificar con el caso del “tomar mate” que antes mencionamos, cuya función latente podría ser favorecer la interacción social y de este modo, fortalecer los vínculos.

Estructuralismo

El funcionalismo, los estudios sobre lingüística de Saussure y la antropología de Levi-Strauss, inspiraron lo que luego se conoció como estructuralismo. Parte de tomar prestado el método de análisis del lenguaje, donde para comprender una palabra se la debe entender en el contexto de la oración (por ejemplo, la palabra “banco”, puede ser una entidad financiera; un banco donde sentarse o referirse a bancar a alguien). De manera que no hay esencias en las palabras. Pero, además, también depende de los contextos sociales en los cuales se emplea. Por eso si alguien dice “Yo no tengo banco”, y lo dice en un aula de la facultad, entendemos que se refiere a un asiento, pero si lo dice cuando se le piden sus datos bancarios para hacerle una transferencia de dinero, se resignifica la palabra.

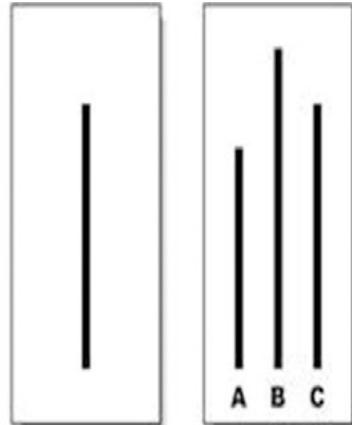
Y una segunda regla del análisis estructural es que la vida social se comprende mejor si advertimos que le damos significados a las cosas por medio del contraste. Por ejemplo, Giddens (2001) pone como ejemplo los semáforos. Son algo muy social que todos comprendemos muy bien, pero para entender su significado utilizamos el contraste entre verde y rojo para significar “avance” y “pare” (amarillo significa “prepárese para arrancar” o “prepárese para detenerse”). Pero no hay una esencia en el color verde que nos impulse a avanzar, sino que es la diferencia lo que crea el significado, no los colores en sí mismos. Daría lo mismo que utilizásemos el verde para significar “deténgase” y el rojo para indicar “adelante”, siempre que fuéramos coherentes a la hora de reconocer la diferencia.

Así, esta corriente plantea que, para comprender cualquier cosa del mundo social, no puede descontextualizársela, pues todo debe ser analizado por contrastes y contextos. Por eso, cuando decimos que una conducta es mala (por ejemplo, matar) es porque lo hacemos en comparación con la conducta esperada de todo ciudadano de bien, no matar. Sin embargo, en una guerra, matar, es algo bueno, y cuantas más personas se mata, más condecoraciones se reciben.

A partir de esta perspectiva, autores como Michel Foucault analizaron cómo se ejercía en poder en las sociedades modernas. Dejó de pensarse al poder como una fuerza que se impone desde el Estado, y se comenzó a advertir que el poder se ejerce en cada relación social. Es decir, se analizó el ejercicio del poder en los distintos contextos, y así descubrió el poder en cada interacción social. Es decir, que el poder de la clase dominante sobre la dominada se ejerce cada vez que la señora de la casa trata con desprecio a su personal doméstico y éste lo acepta sumisamente. No hay un Estado malvado que quiera la explotación, sino que esta se

produce por la acción conjunta de muchas acciones individuales. Así, también se pudo comprender otras formas de ejercicio del poder, no ya de ricos sobre pobres, sino de heterosexuales sobre homosexuales, blancos sobre afrodescendientes, hombres sobre mujeres, sanos sobre locos, etc. En todos los casos, se analiza el fenómeno social a partir de identificar las relaciones sociales que vinculan a las personas, y cómo a partir de ellas, se define lo que está bien y lo que está mal, lo normal de lo anormal, lo bello de lo feo, etc.

Tomando el último supuesto vinculado a la belleza, otro ejemplo podría ser el análisis que puede hacer el estructuralismo de la moda. No existe algo en la esencia de una prenda de vestir que esté de moda que la haga distinguirse. Lo que ocurre es que, las personas con onda (*cool*, cancheras, etc.) las usan, y eso es lo que las torna deseables y las impone como estilo del momento. Además, quienes no son *cool* no las usan, y eso también sirve para fortalecer lo que está de moda. Con este ejemplo, y con el del poder, vemos que para el estructuralismo no hay esencias, sino que todo lo social depende las relaciones que vinculan a las personas, y la propuesta es estudiarlas en función de las tensiones que allí se producen, a partir de diferencias y contrastes.



Un interesante experimento llevado a cabo en los Estados Unidos por psicólogos sociales, también puede ayudarnos a comprender cómo las personas toman decisiones en base a los contextos, y no siempre, en relación con razonamientos lógicos, la ética o los mandatos sociales.

Solomon Asch (1964) ideó un experimento en el que a una persona se la invitaba a formar parte de un estudio y se la incorporaba a un grupo de personas que parecían ciudadanos comunes como él, pero que, en realidad, eran miembros del grupo de investigación. Lo sentaban junto a los demás en una mesa ovalada, y se les exhibía a todos una imagen como la que aquí se muestra a la derecha. Luego, se les pedía que cada uno dijera cuál de las líneas de la derecha (A, B o C) era la más parecida a la de la izquierda. Uno a uno, los demás participantes complotados indicaban una línea que evidentemente no era la más parecida. Es obvio que es la C, pero ellos decían la B o la A sin mencionar nunca la C. Cuando le tocaba opinar al sujeto bajo estudio, en reiteradas oportunidades votó igual que sus pares,

es decir, incorrectamente para cualquier persona racional. El propósito del experimento era ver si los individuos cambian su opinión para no desentonar con el resto y, asombrosamente, demostró que una de cada tres personas actuaba de ese modo, adaptándose al entorno. El experimento se puede ver por YouTube como “Presión hacia la conformidad de Asch”.

Vemos así que las personas, aun cuando saben cuál puede ser la respuesta racionalmente correcta, pueden ceder a la presión grupal y emitir respuestas irracionales. No obstante, es posible estudiar los motivos que justifican este comportamiento que parece irracional pero que, en el fondo, esconde el deseo (bastante racional, por cierto) de no ser el distinto, pues casi por sabiduría evolutiva, los seres humanos hemos aprendido a no desentonar con el resto, quizás para evitar consecuencias desfavorables.

Vemos, así, como las personas no actúan ni del modo en que la lógica y el razonamiento le indican, sino muchas veces, en función de lo que ocurre en el grupo donde participa, el deseo de no ser “el distinto” o “el anormal”. Claro que habrá gente se oponga a la mayoría, pero experimentará la angustia de salirse de la norma, tal como ya dijimos que Foucault analiza en sus obras.

Teoría de la acción social

Este paradigma desarrollado por Max Weber (1864-1920) analiza la conducta de las personas en sociedad y considera que todas pueden esquematizarse en cuatro tipos según el grado de racionalidad, de mayor a menor, que les imprima el actor: a) acciones racionales para obtener fines; b) acciones racionales para obtener valores; c) acciones tradicionales y d) acciones emotivas (Weber, 2002).

Las dos primeras son aquellas en las que los actores sociales procuran alcanzar los fines (construir una casa, por ejemplo) o los valores (hacer justicia) ponderando cuáles serán los medios más idóneos para alcanzarlos. En cambio, en las acciones tradicionales, el sujeto no evalúa el medio ni los fines, sino que se comporta del modo en que le han enseñado o ha visto que lo hace el resto (comer con cuchillo y tenedor). Finalmente, las acciones emotivas son comportamientos con un escaso grado de racionalidad, tal como el comportamiento desaforado de un hinchado de fútbol insultando al árbitro.

Este paradigma, subsume la infinita complejidad del comportamiento humano a cuatro categorías y propone explicarlo a partir de ellas. Por ejemplo, si se estuviera investigando sobre el matrimonio en Buenos Aires, habría que consultarles a las

personas casadas las razones que los llevaron a asumir ese compromiso y, suponiendo que tuviéramos un elixir de la verdad que nos permita conocer la razón profunda de sus decisiones, veremos que algunos lo habrán hecho por amor (acción emotiva), otros por respetar una tradición familiar o social (acción tradicional), otros por conveniencia (acción social con un fin) y otros por el valor mismo de este sacramento (acción social basada en valores).

Interaccionismo simbólico

En los Estados Unidos, una corriente sociológica que también le prestó atención a la conducta humana e hizo de ello el punto de partida para explicar la sociedad fue el interaccionismo simbólico.

Autores como George Mead (1863-1931), se opusieron férreamente al funcionalismo. Mead señalaba que según el funcionalismo las personas cumplen roles rígidos que se les imponen socialmente por medio de mandatos sociales (por ejemplo, los niños respetan a los adultos). Sin embargo, para Mead, las relaciones humanas no se llevan a cabo a partir de mandatos, sino a partir de interacciones donde las personas perciben diversos símbolos, y actúan en consecuencia. De este modo, por ejemplo, cuando un niño respeta a un adulto, no se debe sólo al mandato social, sino que también percibe en el adulto un tono de voz distante, una mirada seria, una vestimenta que representa autoridad, etc. Por ello, un niño puede no respetar a un adulto que no reúna estas características simbólicas. Los payasos, por ejemplo, se visten de una manera tal que sus atuendos y cara pintada les transmitan a los niños la idea de que no son adultos serios, y que los niños se pueden reír o jugar con ellos.

Para el interaccionismo simbólico, lo que importa es estudiar mediante qué símbolos las personas interactúan, según perciben e interpretan símbolos en el otro. Los símbolos no siempre son objetos o prendas, pues como dijimos, pueden ser un tono de voz o una mirada. A partir de ello, otros sociólogos, como Irving Goffman, plantean que la sociología debe estudiar la interacción social, pero sin modelos rígidos, como lo hace el funcionalismo u otras corrientes, sino que debe indagar cómo las personas van configurando y reconfigurando su interacción. Por ejemplo, mientras que el funcionalismo podría plantear que existe una tendencia social a que hombres y mujeres se vinculen, el interaccionismo simbólico, se interesa en ver cómo se produce ese vínculo. Así, si analizaran “primeras citas”, por ejemplo, se preocuparían por estudiar como los participantes van percibiendo los mensajes

que les transmite su intercomunicador, lo que no dicen, lo que sí dicen, las prendas que usan, las miradas, etc. En definitiva, consideran que la explicación de la conducta humana está fundamentalmente condicionada por factores contextuales, y no tanto por grandes mandatos sociales que el individuo cumple invisiblemente.

Stanley Milgram, llevó a cabo un muy interesante experimento para analizar cuál era influencia de las figuras de “autoridad” en el comportamiento humano (se encuentra en YouTube o en su libro *Obediencia a la autoridad. Un punto de vista experimental*). Su experimento fue llevado a cabo en la Universidad de Yale en 1961 y demostró que las personas —bajo determinadas circunstancias— son capaces de infligir torturas a otro ciudadano si reciben la orden de hacerlo de parte de alguien a quien consideran con autoridad para ordenarlo. El resultado del experimento arrojó que 2 de cada 3 individuos podría llegar a matar a su prójimo por “obediencia a la autoridad”. El propio investigador sostuvo: “Monté un simple experimento en la Universidad de Yale para probar cuánto dolor podría infringirle un ciudadano corriente a otra persona simplemente porque se lo piden para un experimento científico. La férrea autoridad se impuso a los fuertes imperativos morales de los sujetos (participantes) de lastimar a otros y, con los gritos de las víctimas sonando en los oídos de los sujetos (participantes), la autoridad subyugaba con mayor frecuencia. La extrema buena voluntad de los adultos de aceptar casi cualquier requerimiento ordenado por la autoridad constituye el principal descubrimiento del estudio” (Milgram, 1980).

Entre otros estudios sociales que cabe mencionar de esta época está “la cárcel de Stanford”, en la cual el psicólogo Zimbardo le pidió a un grupo de estudiantes universitarios que participaran como guardia cárceles o detenidos en una prisión construida a tal efecto en los sótanos de la universidad. El experimento demostró que, cuando se les otorga poder ilimitado y las circunstancias son propicias, personas comunes pueden adoptar conductas profundamente autoritarias y sádicas —está disponible en YouTube, o en el libro *El efecto Lucifer*, donde su autor narra con detalles el fenómeno (Zimbardo, 2008)—.

En todos estos experimentos se plantea la influencia de lo simbólico (las batas blancas, las rejas, los trajes de guardiacárceles o presidiarios, etc.) sobre la conducta humana en interacción. Es decir, para poder comprender la conducta humana no basta estudiar la acción en sí (por ejemplo, la tortura de un prójimo), sino que debe enmarcársela en un sistema más amplio que permita interpretarla, que permita comprender qué información simbólica circuló entre los interactuantes y que acabó por hacerle sentir a uno de ellos que podía abusar del otro. Así, este paradigma propone una perspectiva de análisis que conjuga lo individual con lo social y viceversa.

Una conclusión ante tantos paradigmas

Hemos vistos los distintos paradigmas existentes en las ciencias sociales, y advertimos que, a diferencia de lo que ocurre en otras disciplinas científicas, no hay uno que pueda brindarnos una teoría general de la sociedad que nos ayude a comprender todo su funcionamiento.

Los primeros sociólogos como Marx o Durkheim intentaron hacerlo. Marx estableció que a la vida social era el conflicto entre dos clases antagónicas, y Durkheim planteó un modelo de solidaridad social. Pero lo cierto es que aun en el capitalismo hay conductas de altruismo, y en el comunismo también hay comportamientos egoístas. Y es que la sociedad es una organización humana demasiado compleja para sintetizarla en una simple teoría. Si la hubiera, sería de una complejidad prácticamente inalcanzable para la comprensión humana. Tal vez la inteligencia artificial podría hacerlo, y hecho, con sus recursos, plataformas como Facebook o Google pueden realizar estudios sociales para predecir y direccionar la opinión, deseo y conductas de los usuarios de la red. Pero no lo hacen en función de una teoría sociológica, sino en función del estudio de tendencias. Podríamos decir que pueden explicar cómo se comporta un cardumen y cómo asustarlo o atraerlo, pero no se interesan por explicar por qué se forman los cardúmenes, cómo se mantienen y como cambian.

Los paradigmas posteriores a las escuelas clásicas intentaron desentenderse del sueño utópico de brindar una explicación de toda la sociedad, y se interesaron por sus partes. Desarrollaron explicaciones de alcance medio, que permitieron comprender los fenómenos sociales cercanos y cotidianos. De manera que, a pesar de no tener una teoría general, la sociología tiene muchas herramientas de análisis y, dependiendo de lo que se quiera investigar, será de utilidad un marco teórico u otro.

Las ciencias sociales y el comportamiento regular de las personas

Así como las ciencias físicas pueden explicar y predecir el movimiento de los objetos dado que éstos suelen comportarse de manera regular y predecible (todo objeto que soltemos de nuestras manos caerá al suelo) las ciencias sociales parten de presupuestos similares. Por ello, buscan descubrir patrones de conducta que se repiten en las personas y los grupos. Ello se debe a que la vida social no es caótica, sino que hay regularidades en los comportamientos de los seres humanos que son detectables y hasta es posible prever cuándo y cómo ocurrirán. Por ejemplo, cuando

vamos por la calle y nos cruzamos con una persona conocida, lo que *previsiblemente* sucederá es que nos reconozca y nos salude, y nosotros responderemos al saludo. Es un ejemplo extremadamente sencillo, pero permite afirmar una ley sociológica que sostiene que: si dos personas conocidas se cruzan por la calle y se ven, probablemente, se saludarán. En efecto, el saludo es un comportamiento que puede reconocerse en todas las culturas del planeta. Por lo general, todas las personas se saludan cuando se encuentran y también cuando se despiden. Aunque lo hagan de maneras distintas, dependiendo de la ocasión, el género, la edad, la familiaridad, etc., este patrón se repite invariablemente.

Claro que puede ocurrir que, por alguna circunstancia particular —una distracción, por ejemplo— dos personas que se conocen no se saluden. Pero estas son excepciones y, al ser señaladas como lo “extraño”, son la *excepción que confirma la regla*. Es decir, nos permiten reconocer que la conducta esperada es el saludo. Sin embargo, que las personas no actúen siempre conforme lo esperado (como sí ocurre con los objetos que caen por la ley de gravedad) no menoscaba la idea de que en asuntos sociales también se dan regularidades y, por ello, es posible la ciencia social.

Para las ciencias sociales las costumbres son fundamentales. Se trata de *normas informales* que permiten que se den regularidades en las sociedades y en los grupos humanos por lo que, en base a ellas, pueden predecirse los comportamientos de las personas. Por ejemplo, existen costumbres tales como cederles el asiento en el colectivo a las personas mayores; ir a bailar los fines de semana; que los abogados usen saco y corbata; ganar más dinero si se pertenece a la clase alta; respetar a los padres; etc. La mayoría de estas costumbres se respetan y por ello hacen predecibles los comportamientos. Pero, en las sociedades modernas, además de las costumbres también hay un sinnúmero de normas formales (leyes, resoluciones, reglamentos, etc.) que colaboran para producir regularidades consideradas valiosas por la sociedad, y sancionar a las personas que no las cumplen o cuando comenten actos considerados disvaliosos (delitos).

La imaginación sociológica

Otra cuestión importante que debe saber cualquier persona que se acerque a las disciplinas sociales es que, para comprender la conducta de los otros, es preciso abandonar la perspectiva personal y pensar con “imaginación sociológica”, tal como recordaba el célebre sociólogo Wright Mills (1969). Es decir, se debe tratar de estudiar la conducta humana, no en relación con los valores y creencias personales,

sino en función a los del grupo a los que pertenece la persona estudiada. Así, para un sociólogo europeo podrá ser una conducta un tanto antihigiénica ver a dos argentinos compartiendo un mate, pues se debe absorber el líquido de la misma bombilla. Sin embargo, la imaginación sociológica debe permitirle comprender que las pautas culturales argentinas han hecho que esa conducta de contacto de salivas no sea percibida como problemática por los participantes del encuentro.

Pero, además, la mirada sociológica también exige que se busquen otras funciones, además de la evidentes, en la conducta que se analiza. Así, si un sociólogo europeo destinara unos cuantos días o meses a estudiar la conducta de “tomar mate”, notaría que esto poco tiene que ver con hidratarse, y mucho más con una práctica social que se emplea para fortalecer vínculos sociales. En efecto, el mate se usa para varias conductas prosociales: a) tener un motivo de reunión; b) compartir una charla; c) hacer confidencias personales; b) estimular al organismo; etc. Visto así, tomar mate para los argentinos es mucho más que tomar mate. Compartir la bombilla es una conducta que implica cierto compromiso emocional con el otro, y por eso, cuando dos personas toman mate juntas y conversan, es casi como una terapia. Es bastante frecuente que, cebada tras cebada, las personas bajen la guardia y revelen sus miedos, proyectos y deseos.

Lo mismo podría decirse de “tomar un café” o de “tomar una cerveza”. En ningún caso es simplemente hidratarse o beber algo estimulante, sino que además de eso, cumple otras funciones sociales. Este tipo de mirada, permeada por la *imaginación sociológica*, es lo que se necesita tener para comprender el mundo social. Entender la conducta humana como sujeta a pautas que le dan cierta regularidad, es decir, que no es caótica. Pero, además, comprender que esas conductas responden a una finalidad social, que tal vez no pueda apreciarse en un primer momento, pero que siempre estará allí si tenemos la paciencia, sensibilidad e imaginación suficiente para detectarla.

Críticas a las ciencias sociales

Las ciencias sociales suelen recibir diversas críticas epistemológicas, fundamentalmente cuando se las compara con las ciencias duras, es decir, aquellas como la física o la química que pueden determinar con un grado de exactitud muy alto la ocurrencia de sucesos. El sociólogo Giddens (1993) a esto le responde que si las ciencias sociales pretenden aplicar el mismo método que las ciencias naturales están perdidas. Su objeto de estudio es distinto, y eso impide aplicar los mismos

instrumentos. En las ciencias sociales, se estudian conductas humanas, y estas pueden cambiar sin previo aviso, ya sea porque se sienten observadas o porque surge alguna otra razón personal que las hace cambiar, lo que no ocurre con los astros, los protones y las sustancias químicas. Además, en las ciencias duras, da lo mismo que el investigador sea religioso o comunista, pero no ocurre lo mismo en ciencias sociales, donde los valores personales pueden interferir en los temas que se eligen para estudiar, como así también las interpretaciones que se hace de lo que se observa (Klimovsky e Hidalgo, 1998). En fin, las ciencias sociales tienen un objeto muy complejo de estudio y eso hace que sean proclives a las críticas mencionadas y otras como las que expondremos, e intentaremos rebatir, a continuación.

La primera crítica es que las regularidades que descubren las ciencias sociales parecen *demasiado elementales* como para necesitar ser estudiadas, ya que todo el mundo es consciente de ellas, como, por ejemplo, lo que dijimos sobre el saludo o que el desempleo genera incremento en los índices de xenofobia hacia los inmigrantes, etc.

Sin embargo, esta crítica parece olvidar que muchas veces las cosas que se consideraron normales en un tiempo y lugar determinado, como la supuesta inferioridad de las personas que no era blancas, quedan fuera de juego gracias a investigaciones que demuestran lo errado de estos prejuicios. En efecto, muchos conocimientos de las ciencias sociales han provenido justamente de cuestionar “eso que todo el mundo sabe”. Por ejemplo, en los años 40 los obreros de las fábricas trabajaban de sol a sol, sin descansos ni posibilidad de interactuar con sus compañeros pues todo el mundo sabía que, a mayor cantidad de horas trabajando, mayor producción (fordismo y taylorismo). Sin embargo, el sociólogo Elton Mayo demostró que los obreros rendían más y mejor si, contrariamente a lo que se pensaba, se les brindaban pausas en la jornada de trabajo y refrigerios. De hecho, al hacerlo, logró incrementar la producción en las fábricas donde se aplicó su método y se redujeron las renunciaciones de manera radical. Mayo había descubierto la importancia de que el trabajo, además de producir para el patrón, sea también un ambiente cómodo para el obrero y que le permita hacer amigos. Es decir, no basta el salario, sino que debe tenerse en cuenta el factor humano y su necesidad de socializar. Así, cuestionó la forma tradicional del trabajo a destajo y promovió un nuevo modelo que consideraba al ser humano como algo más que un engranaje. Eso lo cambió todo, y las empresas aprendieron que tratar mejor a sus trabajadores era algo que favorecía a todos.

De este modo, las ciencias sociales pueden ayudar tanto en el ámbito laboral, como así también en otros aspectos de la sociedad, como cuando revelaron que era un mito que la inteligencia humana estaba vinculada con el color de piel o el gé-

nero, o bien que los europeos eran más civilizados que los latinoamericanos; junto con otras construcciones sociales que se han establecido desde tiempos remotos, señalando la superioridad de un grupo sobre otro.

La segunda crítica que reciben las ciencias sociales es que hay *casos que contradicen la regularidad detectada* y, por ende, no existen patrones inalterables de comportamiento en cuestiones sociales.

Sin embargo, como ya adelantamos anteriormente, la *excepción a la regla* no refuta un patrón de regularidad detectado. Sólo se trata de un caso que se desvía de la regularidad y que evidencia que efectivamente existe una regularidad, pues de otro modo no se advertiría la desviación. Es decir, si alguien se hace el dormido en el colectivo para no darle el asiento a una mujer embarazada, es muy probable que algún pasajero le pida que ceda su lugar. El comportamiento regular es ceder el asiento, no darlo es la desviación y, como tal, suele recibir una sanción social informal. En caso de no existir tal sanción, ahí podríamos estar en presencia de un caso de cambio social. Es decir, un supuesto de cambio normativo, de manera que, si nadie hace nada al subir una mujer embarazada, será porque hemos empezado a considerar que la norma que imponía darle el asiento está desapareciendo. Ello ocurrió, por ejemplo, con la práctica de cederle el asiento a las mujeres siempre, estuvieran embarazadas o no. En la modernidad, la igualdad entre hombres y mujeres ha conllevado a que, hoy en día, esa costumbre parezca hallarse en franca desaparición.

Finalmente, partiendo del concepto de *ideología* de Marx, según el cual las personas ven el mundo conforme a su socialización (y a la clase a la que pertenecen), se cuestiona que un sociólogo pueda hacer una investigación objetiva de la sociedad, pues también él verá el mundo desde su perspectiva (clase social). Asimismo, tampoco los encuestados en una investigación sobre cualquier tema pueden revelar cómo es la realidad, sino tan solo como la ven ellos. Por eso, una mujer maltratada puede percibir como normal su vida o un obrero textil considerar que tiene “un trabajo” cuando en realidad está sumido en la semi esclavitud. Es decir, esta crítica señala que, a diferencia de los científicos de las ciencias naturales que estudian animales, planetas o minerales, ni los científicos sociales ni sus propios objetos de estudio (las personas o grupos investigados) pueden abstraerse de la realidad en la que viven. De allí que sería imposible proponer una explicación *objetiva* del mundo social, ya que nadie podría abstraerse de su cultura (prejuicios, simpatías, ideología política, etc.) ni negar su socialización.

Sin embargo, a nadie escapa que hoy sabemos más sobre la convivencia social que hace un siglo y, si las limitaciones que impone la ideología no permitieran ver el mundo más allá del prisma que ésta impone, el propio Marx —quién pertenecía a la clase

media alemana— no podría haber escrito su obra en defensa de los obreros del mundo.

Una consecuencia de ello es que mientras que las ciencias naturales, al explicar que la Tierra gira alrededor del Sol no hacen que los astros cambien sus regularidades, las ciencias sociales cambian el mundo. En efecto, la publicación de cualquier investigación social que logre reconocimiento *obrará políticamente*, ya sea para mantener el *status quo* o para cambiarlo. Por ejemplo, si una investigación indica que “De acuerdo con el estudio realizado en el periodo 2000-2010 se concluye que el problema del delito está causado por las clases bajas”, estará legitimando la represión sobre los pobres, y desviando la atención acerca del delito que se produce en las clases media y alta (lavado de dinero, estafas, corrupción, etc.). Otra investigación, por ejemplo, podría señalar que “el delito es un hecho que se produce en todas las clases sociales” pues entre el ladrón de carteras y el político o empresario corrupto no hay otra diferencia que el *quantum* y el *modus operandi*; con lo cual, en el imaginario popular, se comenzaría a dejar de asociar la imagen del delincuente con el pobre.

En definitiva, vemos como la publicación de las conclusiones de las investigaciones actúan políticamente (a esto se le llama *recurrencia*), ya sea para cambiar el mundo o mantenerlo tal como está. De allí que las corrientes críticas de las ciencias sociales (marxismo) le exijan al científico social que se comprometa con cambiar la sociedad capitalista, pues consideran que ésta encubre un sistema de explotación de unos pocos sobre unos muchos, por lo que grandes problemas sociales como el hambre, el desempleo, la inseguridad, etc., en realidad, son consecuencia del sistema capitalista. Por ello, la denuncia de este sistema económico de exclusión como el responsable de estos males sociales sería la solución. Como puede percibirse, esta corriente actúa políticamente y, por lo tanto, no le interesa la objetividad científica, sino el compromiso político con el cambio social.

Ahora bien, entre el compromiso político o ideológico que debe tener todo investigador —pues no puede escapar a su tiempo— y la objetividad que se persigue en las ciencias hay una gran tensión entre los científicos sociales, y la solución no es fácil. Sin embargo, tal como sostenían los griegos, la solución nunca suele estar en los extremos, sino en el término medio. Es cierto que la ideología dificulta el conocimiento social objetivo, pero ello no impide que se postulen hipótesis tras un largo análisis y la puesta a debate entre los miembros del equipo de investigación. De hecho, el desarrollo de la ciencia social desmiente el punto de vista extremo de los críticos, pues la URSS, Alemania del Este y Cuba no han demostrado ser sistemas superadores del capitalismo, sino que han colapsado. Aunque también es cierto que el capitalismo se ha convertido en un sistema de exclusión social y de

acumulación que permite que el 1% más rico de la población dirija el destino del 99% restante, o que la teoría del derrame no funcionó, pues los que más tienen no han hecho más que continuar acumulando sus riquezas. Denunciar estos hechos, como lo hace Piketty (2013) con su investigación *El Capital en el siglo XXI*, sirve para que las personas tomen consciencia y los políticos tengan herramientas teóricas para pensar impuestos globales al capital. Pero la ciencia no es para hacer la revolución. La ciencia debe aportar conocimientos, en la medida de lo posible, objetivos. Eventualmente, será función de la política utilizar ese conocimiento para los fines que crea necesarios. Pero el compromiso del investigador con la destrucción del capitalismo resulta tan ajeno a la ciencia como las investigaciones que se hacen pagadas por quienes pretenden conservarlo.

En definitiva, las nociones previas siempre estarán en todas las ciencias donde el ser humano sea el sujeto que investiga a otros sujetos. Contrariamente, si se investigara a un animal, se podría decir que la neutralidad estaría garantizada. Sin embargo, aun en este caso, podría existir un sesgo pues, como hombres y mujeres de nuestro tiempo, tenemos ideas diversas sobre los distintos animales. Tenemos una idea de los tiburones y otra de los delfines, y es posible que a unos los veamos como malos y a otros como buenos. Pero también es cierto que como seres inteligentes que somos podemos adoptar una actitud neutral y, abandonando nuestras nociones previas, acercarnos al objeto de estudio del modo más objetivo que podamos. En definitiva, se puede hacer ciencia objetiva en ciencias sociales, teniendo siempre consciencia de que tenderemos a no ser objetivos y procurando luchar contra ello. Un método para hacerlo es el ideado por Durkheim que veremos a continuación.

A la búsqueda de la objetividad

Para lograr acercarnos a conocimientos objetivos de la realidad social— es decir, no teñidos por la ideología, las nociones previas ni los prejuicios— Durkheim elaboró una técnica que expuso en su libro *Las reglas del método sociológico* (2002). Su método parte del supuesto de que las personas en sociedad han sido socializadas para cumplir normas sociales. Por ejemplo, nadie anda desnudo por la calle y eso nos parece muy lógico. Sin embargo, no deja de ser una norma social que hemos incorporado no sabemos cuándo, que ni siquiera nos cuestionamos cumplirla. Por ende, lo primero que enseña Durkheim es que, al mirar a la gente actuar, debemos descubrir qué norma social están poniendo en práctica. Como sociólogo procuró

estudiar “*hechos sociales*”, es decir, las “formas de sentir, pensar o actuar que se imponen coactivamente al individuo —aunque éste lo haya olvidado— cuyo apartamiento acarrea algún tipo de sanción —formal o informal—”.

Veámoslo con algunos ejemplos: la gente come con cuchillo y tenedor, duerme en camas, saluda, estudia una carrera, etc. Todos estos hechos, que nos parece que las personas llevan a cabo por propia voluntad son, en realidad, cosas que hacen porque, sin darse cuenta, está cumpliendo ciertas normas sociales interiorizadas que les dicen lo que deben hacer y lo que no. Así, por lo general, las personas estudian porque desde la infancia se les ha enseñado que deben hacerlo para “ser alguien en la vida”, o comen con cubiertos y no con las manos pues también han sido educadas para ello. Si no lo hicieran, seguramente recibirían sermones o reprimendas de sus padres, sus amigos, su pareja, etc. Lo mismo puede aplicarse a todos los ejemplos restantes. Todos los comportamientos que pueden verse en sociedad son aprendidos y no cumplirlos acarrea sanciones sociales (retos, murmuraciones, burlas, etc.) o jurídicas, cuando el hecho configura un delito.

A partir de aquí Durkheim advirtió que las personas continuamente piensan y actúan de acuerdo con la cultura en la que nacieron y las normas que se les han inculcado. Por eso, consideró que la sociología debía estudiar los pensamientos, sentimientos y comportamientos. Pero estudiarlos al revés de cómo se nos aparecen, es decir, al ver a alguien comer con cubiertos, no se debe estudiar el hecho en sí, sino, inferir qué norma impone socialmente esta conducta.

De este modo, así como la física puede estudiar la trayectoria de un cometa y predecir su camino porque se comporta según leyes físicas, la sociología puede estudiar científicamente los comportamientos humanos porque también obedecen a ciertas leyes sociales. Partiendo de esta premisa, Durkheim elaboró las reglas del método sociológico, que establecen cuáles son las pautas mínimas que deberían tenerse en cuenta para estudiar lo más *objetivamente posible la realidad social* (Durkheim, 2002). *Estas son:*

1. **Estudiar todo hecho social sabiendo que está regido por leyes sociales ajenas a la voluntad de los individuos que lo llevan a cabo.** Se trata de aplicar las mismas reglas metodológicas de las ciencias físicas al comportamiento humano, recordando que, así como los objetos están regidos por leyes físicas, la conducta humana se rige por leyes sociales. Por ende, al intentar analizar una conducta o un fenómeno social, debe indagarse qué norma social lo rige. Por ejemplo, si se advierte que en una escuela aumenta radicalmente la tasa de embarazo, para Durkheim, habría que hallar cuál

es la norma que ha impuesto este comportamiento (moda adolescente de quedar embarazada, por ejemplo).

2. **Abandonar toda prenoción y sentimientos sobre el objeto de estudio.** En el caso del embarazo antes citado, se debe ir hacia el fenómeno sin preconceptos y por medio de entrevistas con los alumnos/as de la escuela para conocer sus formas de pensar y actuar y, sólo después de allí, arribar a las conclusiones.
3. **Definir claramente todos los conceptos que se pretenda utilizar, para evitar confusiones.** Si queremos investigar a los jóvenes, deberemos definir qué entendemos por este concepto, es decir, fijar los rangos de edad (de 16 a 22; o 18 a 28; etc.). La definición no es la del diccionario, sino la necesaria para el tipo de investigación que se pretende hacer y el conocimiento sobre la cuestión al que se pretende arribar. Con ello resulta claro que no podría decir que los jóvenes son los de la franja de 30 a 40 años.

En definitiva, las reglas del método sociológico de Durkheim imponen tratar el comportamiento humano como regido por normas sociales, abandonar las prenociencias sobre lo que se va a investigar y emplear definiciones que permitan recortar el objeto de estudio de otros fenómenos que, aunque similares, no son de nuestro interés.

Un caso de aplicación del método sociológico: el suicidio

Este punto de vista objetivista fue sostenido especialmente en las primeras investigaciones sociológicas que se basaban en el análisis de datos numéricos (por ejemplo, cantidad de hombres en un pueblo; cantidad de votos liberales en la clase baja; etc.). Sus defensores afirman que “*los números hablan y sólo hay que saber preguntar*”. De allí que el propio Durkheim empleó este método para estudiar el suicidio en Francia hacia finales del siglo XIX (Durkheim, 2009).

Lo primero que hizo fue abandonar toda idea (prenoción) sobre este comportamiento, tan vinculado a la locura o a los trastornos psicológicos, y tomarlo como un comportamiento social más que debía obedecer a normas sociales (hecho social) más que psicológicas. Finalmente, lo tercero fue definir qué entendería por suicidio para no incluir en su investigación casos que no se correspondieran con su objeto de estudio. Formuló la siguiente definición de este hecho social: «*Todo caso de muerte que resulta directa o indirectamente de un acto positivo o negativo realizado por la víctima misma y que, según ella sabía, debía producir este resultado*». Ejemplo de

un acto positivo: dispararse en la cabeza; ejemplo de un acto negativo: no comer hasta dejarse morir. Con estas premisas, relevó los registros franceses de muerte y advirtió que las personas que se suicidaban presentan algunas características sociales comunes. En su mayoría eran *hombres; solteros y, ateos o protestantes*.

Ahora bien, Durkheim debía hacer hablar a estos datos y fue advirtiendo que ser un hombre soltero en sociedad del siglo XIX, donde la formación de una familia era la norma, era de alguna manera estar un poco aislado del mundo social. Asimismo, el ser protestante potenciaba esta desintegración a la vida comunitaria pues, a diferencia del cristianismo y el judaísmo que convocaban a sus fieles al Templo o la Iglesia —lo que integraba con la comunidad de su fe—, el protestantismo fomentaba la soledad y el individualismo, no exigiendo al fiel ir a confesarse a la Iglesia ni acudir los domingos. Todo esto lo llevó a Durkheim a considerar que las que se suicidaban no eran cualquier persona, sino aquellas que estaban desintegradas de la comunidad a la que pertenecían. A estas personas las clasificó dentro de la categoría de “*suicidio egoísta*”, pues la persona se mataba porque su ego la llevaba a un aislamiento tal que perdía el sentido de pertenencia al grupo y, por ende, perdía el sentido de su vida.

Luego, estudió otro tipo de suicidio también motivado por el aislamiento social, al que denominó “*suicidio anómico*” (a-nomia, es decir, sin normas) el cual surge en épocas de crisis —y también de extrema prosperidad— entre quienes no pueden adaptarse a la vida en sociedad por diversas causas. Por ejemplo, un gran fracaso económico puede hacer que alguien sienta que ya no podrá vivir sin dinero y las posesiones que tenía; pero también las personas que triunfan demasiado en la vida y se separan del resto pierden su sentimiento de pertenencia al mundo social —estrellas de rock, de fútbol, etc.—.

Durkheim finalmente también señala la existencia de otro tipo de suicidio provocado por normas sociales y es el “*suicidio altruista*”, el cual se suele presentar en tres circunstancias: a) ancianos gravemente enfermos; b) mujeres tras la muerte de su cónyuge; c) servidores tras la muerte de su jefe en la antigüedad. Estas muertes, no son producto de la libre voluntad de estas personas, sino que son llevadas a ello porque las sociedades en las que viven imponen este comportamiento de manera tal que a los individuos les parece que es lo que *deben hacer* (hecho social) y lo hacen pues, de no hacerlo, no podrían soportar el estigma social.

Con estas conclusiones, se arribaba hacia fines del siglo XIX (año 1879, para ser exactos) a una de las primeras investigaciones sociológicas sobre un fenómeno que históricamente se estudió como un problema psicológico individual. Ahora, se entendía que la gente que se suicidaba no llegaba a esa decisión por un proceso de demencia, sino

como resultado de la influencia de lo social sobre su individualidad (aislamiento, salvar el honor, mandato social, etc). De este modo, Durkheim abría la puerta a estudiar la conducta social, ya no, motivada en móviles muy personales, sino que las conductas eran la resultante de una tensión entre el adentro y el afuera, donde lo externo (normas sociales, tradiciones, religión, etc), tenía un peso no reconocido hasta ahora.